

CULTURA

En 'Mi casa está donde estoy yo', Igiaba Scego repasa los vínculos entre las raíces de los migrantes y el lugar donde viven

En busca de una identidad negra europea

SERGIO C. FANJUL, Madrid
Igiaba Scego (Roma, 48 años) ve Somalia en ciertos lugares de Roma, como si entre Mogadiscio y la capital italiana se tendieran unas conexiones invisibles, procedentes de una larga historia común de colonizadores y colonizados.

Por ejemplo, el gentrificado barrio del Trastevere, adonde muchos migrantes africanos acuden en busca de ayuda social; o la estación de Termini, lugar de llegada y encuentro de los somalíes; o la plaza Campidoglio, donde los africanos se han concentrado ante las muertes de los que tratan de alcanzar las costas europeas, pero acaban en el fondo del mar. O el teatro Sistina, donde su padre, Ali Omar Scego, un político destinado a ser un prohombre de la nueva República de Somalia independiente, tras ver un concierto de Nat King Cole, decidió que Italia sería el lugar en el que buscaría refugio si algún día lo necesitaba. Lo necesitó, cuando tuvo que huir de la dictadura de Mohamed Siad Barre, que comenzó en 1969. La familia, que formaba parte de la intelectualidad del país, tuvo que dejar atrás toda esperanza y mudarse.

En *Mi casa está donde estoy yo* (publicado en Italia en 2010, y ahora traducido al español por Blanca Gago para Nórdica), Scego elabora la identificación de una comunidad con los espacios urbanos que, *a priori*, no se le asociarían, y pone de manifiesto otra relación que se conoce desde los sabios antiguos: la del lugar con el recuerdo. Scego trabaja por construir una identidad negra europea. "Cuando era pequeña los únicos referentes que tenía eran los afroamericanos y los africanos, pero no los había de negros que vivieran en Europa", explica la escritora por teléfono desde Roma, "tengo familiares en España o en el Reino Unido, somos una gran diáspora. Pero no se ha hablado del colonialismo, la gente aquí no veía esa conexión histórica de Italia con África, como si nunca hubiera existido".

Lo explica, además, en un impecable castellano: presume de conocer la literatura española y



Igiaba Scego, en una imagen de su editorial.

hasta de haber realizado una investigación sobre la figura del árabe desde el *Cantar de mio Cid* hasta Cervantes. "Ese estudio me abrió mucho la cabeza", dice, "Cervantes me ha enseñado mucho sobre la identidad".

Scego rescata del recuerdo algunas facetas de la cultura somalí que ojalá fueran adoptadas por la Europa individualista y desmemoriada. Por ejemplo, la crianza comunitaria de los niños, que son cuidados por familias y vecindarios enteros ("un

hijo nunca es un asunto privado", escribe), o la importancia de las narraciones para la transmisión de los valores y conocimientos de generación en generación. "El cuento es vida: la vida de los antepasados y la vida del futuro", dice la escritora, "para mí es muy importante, es experiencia, es historia, me he acostumbrado en familia a oír muchas historias. Hoy la gente no escucha nada... ¡sobre todo en política!".

Otras costumbres africanas

"La gente actúa como si no existiese la conexión de África con Italia"

"Cuento lo que pasa en una sociedad que afronta un racismo estructural"

no son tan constructivas, como la mutilación genital que sufrían las mujeres, sobre todo hasta la generación de su madre, víctima de ese tormento que cada vez está peor visto en las propias sociedades africanas. Después de la etapa colonial italiana llegó la dictadura de Siad Barre, y después una guerra civil enconada que, desde 1991, no acaba de terminar y que mantiene al país dividido en pequeños territorios dominados por diferentes clanes. Cuando la guerra comenzó su madre estaba en el país y permaneció desaparecida durante dos años, como relata en una de las partes más sobrecogedoras del libro. En esos dos años solo logró contactar en una ocasión, y en aquella llamada telefónica arriesgó más la vida que en la guerra entera. "La guerra ya no es como lo era antes, pero tampoco es que haya paz", dice la autora, "hay terrorismo, muchas drogas... Las mujeres están utilizando las drogas de forma absurda, la gente muere. Las cosas no son fáciles. Tal vez hagan falta una generación o dos para salir de esa situación".

Las cuestiones migratorias son candentes en Italia, por las polémicas políticas antimigración de Matteo Salvini y el reciente Gobierno de ultraderecha de Giorgia Meloni. "El problema es de Europa, es que falta una buena política para los migrantes del sur". En su opinión, habría que permitir entrar legalmente a los africanos, crear programas para que pudieran formarse en Europa y regresar con ese conocimiento a sus países. "No estoy diciendo que se abran las fronteras ni nada parecido, estoy diciendo que se hable entre países y que se llegue a acuerdos", dice.

Scego anda estos días presentando en su país su nuevo libro, *Cassandra a Mogadiscio* (Bompiani), donde regresa a la no ficción para relatar otros aspectos de su vida. "La no ficción es muy política", dice. Le sirve para dejar testimonio de las experiencias de los europeos negros, "lo que pasa en la piel, lo que pasa en una sociedad que enfrenta un racismo estructural".

AQUÍ ES MARTES / FÉLIX DE AZÚA

No uno, sino dos

En una ocasión, Robert Graves coincidió con el gran T. E. Lawrence, más conocido como Lawrence de Arabia, y hablaron de poesía. El coronel mostró un interés notable por los poetas de la época, como el propio Graves, y confesó tenerles mucha envidia porque estaba convencido de que guardaban un secreto que él quería conocer y aprovechar. "Lawrence pensaba que el secreto de los poetas era una maestría técnica de las palabras, más que un modo particular de vivir y pensar", escribió Graves. Y, por lo tanto, siendo un secreto técnico, podía aprenderse y poner en uso. Esta ha sido, desde la antigüedad, una divisoria típica de los poetas, aquellos que son maestros del lenguaje, como Keats, y los que sobresalen por su inspi-

rada y sombría existencia, como Byron.

Poetas hay pocos y en nuestro tiempo aún menos, ni siquiera creo que deba hablarse de la poesía, pero yo tengo ahora encima de la mesa dos gruesos volúmenes de 500 páginas cada uno que resumen la vida entera de dos grandes escritores. Uno se llama Jon Juaristi y el libro *Derrotero* reúne sus poemas de 1969 a 2022 (Renacimiento). El otro se llama Francisco Ferrer Lerín y el libro, titulado más convencionalmente *Poesía reunida* (Tusquets), también recoge toda la obra desde 1969. He aquí dos vidas que coinciden en el cuidado de las palabras y han conocido la misma época. Dos perfectos y atemporales firmamentos. En cualquier país civilizado tendrían ya, por lo menos, una calle.

El título del libro de Juaristi, *Derrotero*, da una pista sobre su mundo porque es, en efecto, una guía de navegación, pero también una colección de derrotas. Su poesía es irónica, distanciada, sin esperanza, sin convencimiento, humorística, a veces sarcástica y esconde bajo el disfraz de la humildad una audacia suicida. El coronel Lawrence lo habría puesto junto a los maestros técnicos, porque sus poemas, exquisitamente contruidos, son un prodigio de exactitud lingüística.

Ferrer Lerín seguramente cuadraría con los que antes dije que eran particulares por su pensamiento y por su vida. La vida de Lerín es una obra de arte que debe consultarse en su página de internet. Se encontrarán en ella todos los ingredientes de la novela negra: asesinatos sexuales, espionaje, juego de naipes bajo nubes de tabaco, retiro salvaje, todo ello cernido por el anillo celeste de los buitres.

Si el mundo de Juaristi es un perfecto modelo moral, un juicio (severo) sobre nuestra existencia tan amada como denos-

tada desde los clásicos latinos, el de Lerín es perfectamente amoral, un mundo de mentiras, caricaturas, historias obscenas: un mundo moderno. Bien podríamos decir que están presentes los dos poetas de la tradición europea, el clásico y el romántico, el que mira desde la altura los movimientos de las hormigas humanas y el que se hunde en una desesperación que sólo se expresa con el uso surreal del lenguaje.

Hay muy pocos poetas, pero he tenido la suerte de conocer a dos de los que todavía viven, de modo que puedo asegurar su honradez. No quiero hablar de poesía, pero me gustaría ser como esos buhoneros que van por los pueblos con una borrica en cuyas alforjas llevan remedios contra el dolor de muelas, el dolor de cabeza, el dolor reumático y el dolor de la vida. Iría yo mostrando a grandes gritos estos libros y animando a la gente a que los comprara para evitar mayores daños y suavizar los incurables. Son dos universos densos, sólidos, maravillosamente escritos y juzgados. ¡Y aún no tienen ni una calle...!